

eclesiástica, congregaciones autorizadas y congregaciones no reconocidas, congregaciones consagradas á obras de asistencia gratuita á favor de los pobres, de los ancianos ó de los huérfanos, y congregaciones que sólo tienen por objeto una vida espiritual y contemplativa. Pagan impuestos diversos con arreglo á sus distintas naturalezas. Creo que la heterogeneidad de sus intereses destruye la resistencia si su obispo no forma por sí mismo el haz de sus reivindicaciones, lo cual por mi parte me guardaría muy bien de hacer si fuera su jefe espiritual. Dejaría, señor ministro, á los regulares de mi diócesis inciertos y divididos para asegurar la paz de la Iglesia en la República. En cuanto á mi clero secular—añadió el sacerdote—respondería de él, como un general responde de sus tropas.

Después de hablar así el señor Guitrel, se excusó por haber desenvuelto tan extensamente su pensamiento y abusado de los preciosos instantes de su excelencia.

El viejo Loyer nada contestó, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, porque opinaba que Guitrel, á pesar de ser un fanático, no era muy mala persona.

## XXII

Habiendo despedido su coche, la señora de Bonmont se hizo conducir en uno de plaza á la calle del Barrio de Europa, donde era feliz con

*Rara* oyendo los ruidos de los camiones y los silbidos de las máquinas.

Hubiera preferido jardines; pero no se ama siempre bajo los mirtos al murmullo de las fuentes. Por las calles, donde se encendían las luces entre la bruma de la noche, la señora de Bonmont tenía pensamientos tristes. En verdad se alegraba de que hubieran nombrado al padre Guitrel obispo de Tourcoing. Pero esta alegría no llenaba su alma. *Rara*, con su humor sombrío y sus apetitos feroces la desesperaba.

Iba temblando á sus citas, cuya hora esperaba en otro tiempo con tanto ardor. Naturalmente confiada y tranquila, ya temía por él, por ella, peligros desconocidos, una catástrofe, un escándalo. El estado moral de su amigo, que nunca la satisfizo, se había agravado de pronto. Desde el suicidio del coronel Henry, *Rara* se había puesto insufrible. La sangre envenenada le roía la piel como el vitriolo, señalando su frente, sus parpados y sus mejillas con un humo de azufre y de fuego. Por razones desconocidas cuya obscuridad no penetraba, su idolatrado amante no compareció en los últimos quince días por la casa que había elegido frente á Moulin-Rouge, y que era su domicilio legal. Se mandó llevar las cartas y recibía á sus visitas en el entresuelo alquilado por la señora de Bonmont con bien diferente objeto.

Subía lenta y tristemente la escalera; en el umbral de la puerta, su corazón tuvo la esperanza de encontrar al *Rara* delicioso de los primeros días.



¡Pero aquella esperanza era engañadora! La recibió con palabras amargas:

—¿Por qué vienes? ¡Tú también me desprecias! Ella protestó.

Era cierto que no le despreciaba, que le adoraba con su alma de cierva enamorada; puso sobre los bigotes de su amigo sus labios pintados, —pero á pesar de los afeites, frescos—, le abrazó sollozando, y *Rara* la rechazó, midiendo furiosamente á grandes zancadas los dos gabinetes azules.

Ella desenvolvió sin ruido el paquete de pasteles que le llevaba, y con voz triste, en la que no resplandecía ninguna esperanza:

—¿Quieres un baba? Son al kirsch, como á ti te gustan.

Le alargó el baba entre dos dedos finos y azucarados.

Pero no dignándose ver ni oír nada, él prosiguió su paseo monótono y feroz.

Ella, entonces, con los ojos inundados de lágrimas, el pecho rebosante de suspiros, se levantó el velo tupido y negro que la cubría el rostro, y se puso á comer un bombón de chocolate en el silencio de la inmovilidad.

Luego, no sabiendo qué decir ni qué hacer, sacó del bolsillo un estuche que acababa de recoger en casa de su joyero, y mostrando á *Rara* el anillo episcopal que había dentro, dijo con voz tímida:

—Mira el anillo del padre Guitrel. ¿Es bonita

la piedra, verdad? Es una amatista de Hungría. ¿Crees que le gustará?

—¡Me importa un bledo!—contestó *Rara*. Desolada, dejó el estuche sobre la mesa.

El había recobrado el curso de sus ideas ordinarias, y exclamó:

—¡No hay remedio! ¡He de reventar á uno!

Ella le miraba con expresión de duda, habiendo observado que prometía matar á todo el mundo, pero que no mataba á nadie.

Adivinando este pensamiento de su querida, mostróse terrible:

—¡Ya sabía yo que me despreciabas!

Poco faltó para que la pegase. Ella lloró mucho. El se dulcificó exponiéndola un cuadro terrible de su situación pecuniaria.

Ella se conmovió, pero no le ofreció una gran cantidad; primero, porque no entraba en sus costumbres dar dinero á un amante, y luego, por temor de que huyera si le facilitaba los medios.

Salió del entresuelo azul tan trastornada, que dejó olvidado sobre el tocador el anillo de amatista.

### XXIII

—¿Trabaja usted, querido maestro? ¿Le molesto?—dijo el señor Goubin entrando en el despacho del señor Bergeret.

—De ninguna manera—respondió el profesor